

Filosofía narrativa en la España actual

Presentación

Las relaciones entre la filosofía y la literatura se han convertido, durante los últimos años, en un tema asiduo que concita el interés apasionado de filósofos y teóricos de la literatura porque son muchas las ramificaciones del mismo. En este debate los filósofos españoles e hispanoamericanos no son excepción, pues quizá sea en nuestro ámbito cultural donde más relevancia adquiere. De hecho, contamos con suficientes testimonios desde los primeros krausistas, siguiendo con Unamuno, el propio Ortega hasta, más recientemente, María Zambrano y otros filósofos del exilio para comprobar su interés cuando analizan la instalación del pensamiento en un lenguaje que presenta una doble faz. Desde este punto de vista, el debate deriva hacia la propia naturaleza de lo filosófico y lo literario. Pero, además, a la vuelta del recodo se esconden una serie de consecuencias que superan el análisis académico para adentrarse en otros campos de carácter social y cultural.

Me propongo en estas páginas comentar algunos de los problemas y repercusiones que, al respecto, se presentan tomando, como punto de partida, los libros publicados en 1990 por dos autores ubicados en Barcelona: Miguel Morey y Enrique Lynch quienes, de una manera «sui generis», formarían parte de esa tradición. Me refiero concretamente a *Psiquemáquinas* y *El merodeador. Tentativas sobre filosofía y literatura*¹.

Precisamente, 1990 me parece un año significativo, pues sintetiza las ideas en circulación a lo largo de los ochenta (de hecho, parte del libro de Morey está escrito a lo largo de esa década) y, al propio tiempo, ofrece algunas de las perspectivas que, sobre el mismo tema, han quedado abiertas para

¹ M. Morey, *Psiquemáquinas*, Barcelona, Montesinos, 1990. E. Lynch, *El merodeador. Tentativas sobre filosofía y literatura*, Barcelona, Anagrama, 1990. Incluyo, asimismo, *El Orden de los acontecimientos. Sobre el saber narrativo del propio Morey*, publicado dos años antes, por cuanto considero que es una primera redacción de la parte más doctrinal del segundo.

² En el mismo 1990 publicaba Carlos Thiebaut su Historia del nombrar. Dos episodios de la subjetividad, cuyas intenciones, manifestadas principalmente en el último capítulo, son bastante coincidentes con las del propio Morey. El silencio de la escritura de Emilio Lledó, Madrid, 1991; la edición de José Jiménez y Rocío de la Villa de textos de Antonio Banfi con el título genérico Filosofía y Literatura, Madrid, 1991; la cuarta reedición del texto de Erich Auerbach, Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental, en la traducción que realizó Eugenio Imaz, 1988; el estudio de Iris Zavala, La posmodernidad y Mijail Bajtin. Una poética dialógica, Madrid, Espasa Calpe, 1991, que contiene un último capítulo titulado «Sobre los usos de lo posmoderno: una nueva visita al modernismo hispánico» con aportaciones interesantes para la revisión del sentido de nuestra literatura o de nuestro pensamiento; el sugerente, aunque seguramente fallido libro de Carlos Rojo, Don Quijote: Realidad y Encantamiento, 1990; o, finalmente, el monográfico de la revista «Anthropos», n.º 129, Filosofía y Literatura. Historia de una relación e interna reflexión crítica (junto con el n.º 32 de los Suplementos: Historia de la relación Filosofía-Literatura en sus textos) son algunas de las muchas aportaciones que sobre este tema están apareciendo últimamente y que son muestra de su interés.

esta última década del siglo. De ahí, pues, el motivo de la acotación cronológica de este artículo. Sobre la calificación «narrativa» de la filosofía la tomo de la propia denominación dada por Morey y de sus confesadas pretensiones y, más adelante, volveré sobre ella.

Por supuesto, no son éstas las únicas publicaciones aparecidas en España durante estos últimos años que abordan directa o indirectamente estas cuestiones², pero sí que, además de las razones apuntadas, son las más sugerentes para analizar los aspectos de los tres apartados centrales del problema: 1. La consideración de la filosofía como lenguaje y escritura está suponiendo, teórica y prácticamente, una reflexión en profundidad de su posición y de su papel en la actualidad. No sólo se están volviendo a revisar las inquietantes relaciones entre los distintos saberes, y más concretamente con el mundo del arte, sino que eso está produciendo algunos desplazamientos, visibles tanto en los centros de interés dentro de la propia filosofía como en las relaciones de ésta con su entorno.

2. Desde luego, este debate ha dejado de ser exclusivamente lingüístico para afrontar de lleno asuntos que tienen que ver con lo que tradicionalmente se ha denominado humanismo, o sea, con la posición conferida al sujeto en asuntos como el conocimiento o la moral. Las teorías de la recepción o de la lectura están poniendo de manifiesto una dimensión alternativa —o al menos correctora— en la construcción del sujeto como sí mismo frente al tradicional concepto «Hombre», pero también frente al concepto de sujeto elaborado por las ciencias humanas. Muchos aspectos, desde la actividad política a la educativa (que no es sino una versión de aquella), podrían estar en juego.

3. Finalmente, algunas consideraciones contenidas en bastantes de estos textos pueden mostrar el sentido del pensamiento hispánico cuya importancia y sentido estarían por encima de los juicios que tradicionalmente han merecido. A la luz de las reflexiones presentes sobre las nada estáticas relaciones entre los géneros, adquieren interés para la filosofía textos de nuestra tradición cuya actualidad queda más que probada.

I. Filosofía y literatura: el interés y riesgo de unas relaciones

Se preguntaba María Zambrano cómo es posible que si todos los hombres tienen necesidad de la filosofía sean tan pocos los que la alcanzan, más aún si el hombre aspira a la verdad y ésta es poseída por la filosofía.

Sin duda, el tono suave de la pregunta no le resta fuerza; por el contrario, parece una pregunta radical.

Si el hombre aspira a saber e incluso lo necesita y por eso lo busca; si este saber sería, en última instancia, la filosofía, ¿por qué tan pocos lo alcanzan? Claro que sí, como señala Morey, «es posible que la filosofía sea educadora, es muy posible, pero entendida como vehículo del pensar, no puede ser fuente de educación “general”, masiva —para ello debe olvidarse del asunto del pensar y convertirse en ideología, aunque sólo fuera porque el movimiento propio del pensar es siempre individualizador, singularizador, diferencial—»³, se nos abren muchos interrogantes acerca de las consecuencias de la expulsión de los poetas de la academia platónica de las que Nietzsche ha sido su más clarividente crítico. Pero no el único, porque los poetas han sabido vivir en el exilio durante estos siglos y mantener la poesía. Fue la primera expulsión conocida en la historia del pensamiento de una cadena cuyas consecuencias han sido semejantes en cada ocasión.

Sucedía, como ha estudiado muy bien Gómez de Liaño⁴, que los poetas eran molestos para el proyecto de la paideia platónica porque «maleducaban» al pueblo al ironizar sobre los dioses. Al confundir —o jugar con— las apariencias y la realidad impedían la construcción del deseado saber unitario. Y es que, desde el principio, la diferencia ha sido el problema para las aspiraciones de un saber que se define por su orientación a la unidad porque el lenguaje mismo escondía ya el dualismo que ha transitado por nuestra historia: la doble naturaleza literaria y filosófica del saber. La expulsión de los poetas era un gesto de reconocimiento de su importancia —Platón sabía muy bien del interés pedagógico de las imágenes y del riesgo que comportan para una educación racional— pero, además, que la filosofía naciente quería ser una alternativa a esa poesía como saber y como paideia aunque fuera apropiándose de ella.

Es difícil evaluar el precio de esta acción pero, ciertamente, ha marcado la historia del pensamiento durante muchos siglos. La filosofía ha construido un edificio de inconmensurables dimensiones con enormes renunciaciones; la poesía, vagabunda o errante, como dice la propia María Zambrano, resucita cíclicamente con vigor para recordar que los conflictos existentes en el nacimiento de la filosofía también resucitan igualmente de manera cíclica.

El actual fondo del debate sobre las relaciones filosofía-literatura me parece que remite, ahora, a la polémica de los orígenes tras el largo camino recorrido durante el cual han ocurrido varias cosas: de una parte, la plasmación en realizaciones de planteamientos fundacionales de la filosofía. Si bien algunas de ellas se han llevado a cabo en la ciencia moderna más que en ella misma, por ejemplo, el cumplimiento de un determinado tipo de verdad. De otra, la sensación del precio pagado respecto del ideal de

³ Morey, *Psiquemáquinas*, p. 45.

⁴ Ignacio Gómez de Liaño, *La mentira social*, Madrid, 1989. Cap. II titulado *La doble pedagogía es una interesante lectura de Platón*, pp. 31-44.

sabiduría inicial para cuya recuperación habría de recurrirse nuevamente a un logos poético o narrativo. Se tiene, así, la impresión de recoger aquello que en determinadas fases del proceso o había quedado fuera o había sido desechado en aras del ideal intelectual, racional o positivo.

Estamos, pues, ante un inevitable adentramiento por los intersticios de distintos saberes, lejanos hasta ahora, como la filosofía del lenguaje y la teoría del significado, la crítica literaria o la historia del arte, etc. que si bien puede producir confusión, indefinición o perplejidad por su objeto y métodos, y de ello advierte el propio Thiebaut en los comienzos de su *Historia del nombrar*, también él mismo lo justifica advirtiendo que «el proceso de interrogación es, a la vez, la confusión-problema del comienzo, y sus palabras, sus interrogaciones y sus respuestas. Cuanto más reflexivamente confusos, más sabemos; y cuando más sabemos, más seguimos reflexivos y confusos, o, para el caso, perplejos. Tal es la forma de la razón que interroga sin concesiones sobre su sentido...»⁵.

Y es, en esta línea, donde debemos situar el asunto que abordan tanto Morey como Lynch y que se refiere, precisamente, a este mestizaje del cual, tomando unas palabras de Edgard Morin, podríamos decir que es signo de autenticidad⁶.

Así, cuando Morey confiesa su predilección por la «ética narrativa» en una «nota previa»⁷ que precede a una serie de análisis de textos literarios o en el mismo título *Psiquemáquinas*, no hace sino buscar mediaciones, como ya lo hizo María Zambrano con su razón poética o la expresión bíblica del logos encarnado, para eliminar la insalvable distancia entre la búsqueda de la verdad y el establecimiento del sentido o entre la aproximación al hecho y la contemplación del acontecimiento. Sus dos libros no son otra cosa que un esfuerzo por establecer un puente entre el afirmar y el contar, el saber y el pensar, el principio y el ejemplo, el código y la jurisprudencia, entre las acciones lógico-experimentales y las que no lo son (según la denominación de Gómez de Liaño quien la toma de Pareto). En definitiva, recomponer la unidad de los ideales del sabio y el poeta que no son otros que la verdad y el valor, respectivamente, donde al filósofo le correspondería una «tentativa y tentación llamada pensar»⁸, frente al saber esclerotizado del que ya habló también Ortega, atento a los instantes privilegiados «por recurso a los cuales es posible reconocer el qué de lo que (nos) pasa, y determinar así el sentido y el valor de todo (nuestro) pasar»⁹...

Pero cuando se habla de lo que nos pasa, no estrictamente de lo que somos, estamos en el campo del relato, de la narrativa cuya virtualidad consiste precisamente en que el acontecimiento surge cuando se cuenta y precisamente por la manera como se cuenta porque ahí se establece ya

⁵ C. Thiebaut, op. cit., p. 17.

⁶ Morin en una entrevista manifestaba lo siguiente: «Lo mestizo está muy bien. De hecho cuando uno reflexiona sobre una cultura, descubre que siempre es mestiza (...) Hoy, todas las culturas auténticas tienen raíces mestizas». «Babelia» (El País), 18-7-1992, p. 3.

⁷ M. Morey, *Psiquemáquinas*, pp. 119-126.

⁸ M. Morey, *El orden de los acontecimientos*, p. 51.

⁹ *Psiquemáquinas*, p. 122.